

Trump y el grandonismo

La prevención de los asturianos ante el presidente de Estados Unidos y algunas experiencias ficticias y reales con grandones

Manuel Campa | 09.02.2017 | 03:56

Nada más aparecer en la escena política mundial Donald Trump, un sidrero de la calle Gascona de Oviedo sentenció: "Cuidao con esti, que ye un grandón". Los asturianos suelen ser expertos en grandonismo, porque de ese palo tienen ya muchas flautas. Yo conocí al paisano más grandón del mundo, antes de Trump. Era un emigrante asturiano en Argentina, si bien era grandón seguramente más por ser asturiano que por ser emigrante. Cuando quedó su mujer embarazada por vez primera dijo: "Esti fío mío tien que bautizala el Papa". Fue a ver al nuncio de Su Santidad en Buenos Aires, quien le comunicó que para que Pío XII personalmente administrara el sacramento, había que dar a la Iglesia, para los pobres, veinte millones de pesos. Dicho y hecho, y hasta Roma se encaminó el grandón asturiano con la criatura recién nacida. Yo creía que nuestro paisano astur-argentino era el más grandón del mundo, pero, verdaderamente, al lado de Trump, no era más que un probe xilindrín.



Trump y el grandonismo

El ser grandón se dice de muchas maneras, algunas positivas, como cuando en diciembre de 1977, por la zona central de Asturias aparecieron unas pintadas que decían: "Boadella, yes un gallu", porque el fundador de Els Joglars había conseguido fugarse de la cárcel y de España, cuando iba a ser sometido a un consejo de guerra por su obra de teatro "La Torna", de contenido antifranquista. Igualmente, tenían sentido positivo los piropos a Fernando Alonso, cuando ganaba carreras: "Fernando, grandón". O a Quini, cuando metía goles: "Quini, yes mundial". Pero, fuera de estos entusiasmos puntuales, generalmente en el ámbito del deporte, la gente desconfía de los que son siempre grandones. En la posguerra española, en un chigre asturiano había un letrero donde se prohibía escupir en el suelo, blasfemar y ser grandón. El dueño de un conocido taller de reparaciones de Gijón temía, sobre todo, la llegada de clientes grandones o -como se decía hace unos años- "mundiales". Estaban siempre dispuestos a invitar a unos culinos de sidra, pero, si se llevaban el coche sin haber pagado el arreglo, no se les veía más el pelo. ¿Qué decir de los políticos? La gente tiene la experiencia de que los políticos

grandones dejan tras de sí innumerables facturas sin pagar, obras faraónicas ruinosas y una deuda que castigará los bolsillos de dos o tres generaciones de ciudadanos. De ahí el justificado temor del sidrero de la calle Gascona ante lo que nos espera del magnate Trump, nuevo presidente de Estados Unidos, por su afán de sabotear la Unión Europea, por su desprecio de la lengua española, eliminada ya de la página web de la Casa Blanca, por su falta de respeto al medio ambiente al negar el cambio climático, y por la humillación a México, al pretender que los vecinos del sur financien los dos mil kilómetros que faltan para completar el muro del vergüenza que los aislará de Estados Unidos. Después de haber despojado a México de medio país, a mediados del siglo XIX, Trump tiene el propósito miserable de que los descendientes de los aztecas financien ahora su propia ruina. El presidente de Estados Unidos se comporta con sus vecinos de puerta como un abusón y un manguán que no respeta nada. Al negar el cambio climático, para favorecer la explotación salvaje del medio y las exportaciones de los empresarios norteamericanos, el magnate americano se comporta como el personaje de Jerónimo Granda Pepe el Mazcayu, "aquel aldeano de cerca Limanes, que comía les avellanes sin descascar" Pero esta figura del grandón-miserable no viene de los indios de la pradera sino que tiene una clara impronta europea, probablemente de los antepasados maternos escoceses del magnate. Así, el castillo de Edimburgo conserva algunos usos que parecen diseñados por Trump. Tienen la grandonada de señalar el mediodía con un cañonazo, y, a la vez, el espíritu miserable de producir el disparo a la una, en vez de a las doce, para ahorrar munición. También son abundantes, entre nosotros, los personajes grandones y miserables a la vez. El gachupín que Valle Inclán describe leyendo un periodiquín de Avilés en la novela "Tirano Banderas" es de este perfil. Y en "El Maestrante", de Palacio Valdés, que se desarrolla en Lancia, es decir, Oviedo, hay un personaje, don Santos, que fue emigrante en Cuba, que es grandón y miserable hasta decir basta: "Había llegado pocos años hacía de Cuba, donde, cargando, primero, cajas de azúcar y luego vediéndolas, se enriqueció. Vino hecho un beduino, sin noticia alguna de lo que pasaba en el mundo, sin saber saludar, ni proferir correctamente una docena de palabras, ni andar siquiera como los demás hombres. Los treinta años que permaneció detrás de un mostrador le habían entumecido las piernas. Marchaba tambaleándose como un beodo. El color subido de sus mejillas motivó el apodo de *El Granate*. En medio de su miseria le gustaba dar en rostro con las riquezas que poseía. Edificó una casa suntuosísima, trajo mármol de Carrara, decoradores de Barcelona, muebles de París, etc.. Y, sin embargo, a pesar de las sumas cuantiosas que en ella gastó, al saldar la cuenta del clavero, se empeñaba en que descontase el peso del papel y las cuerdas en que venían envueltas las puntas de París. Cuidadosamente, había guardado en un rincón tales despojos con ese objeto".

La prevención de los asturianos ante el grandonismo de Trump, "mundial" y jefe máximo de nuestra galaxia, está justificada porque en nuestra historia hay la experiencia de un gran número de grandones. Gregorio Morán sostiene en el periódico "La Vanguardia" que el grandonismo asturiano se origina en los círculos franquistas y falangistas de la posguerra española. Sin negar la validez de esta constatación, parece claro que ya antes de la Guerra Civil hubo manifestaciones de grandonismo, tanto en Asturias como en nuestra emigración. En este sentido, es muy significativa la prohibición en Madrid, de 23-6-1803, reinando Carrlos IV, de "juntarse en cuadrilla los asturianos, en cualquier día o noche, con palos o sin ellos? con motivo de bailar la danza prima ". Como en años anteriores, con motivo de la fiesta del bollo, tras la danza prima y los vivos a los concejos, los astur-madrileños habían entablado una engarradiella, o amarradietsa, para dirimir la superioridad de cada pueblín de origen. Además de localismo sin tasa y belicosidad, también hay en esta disputa la pequeña grandonada de sostener a palos que la aldea o pueblo de cada uno es, con mucho, el mejor de todos. El famoso refrán que llama "locos y vanos" a los asturianos también parece indicar grandonismo. En fin, se atribuye a grupos de asturianos en Madrid que competían en grandonismo con los chulapos de la capital y con los flamencos, y algo parecido sucedía en la Perla de las Antillas, donde determinados círculos asturianos eran tan grandones como los burgueses isleños que practicaban el "cubaneo".

Sin duda, Trump llega al poder porque en la vida americana había algunos excesos. Hace unos años, al observar con sorpresa el gran número de automóviles japoneses que circulaban en Estados Unidos, pregunté si se daba reciprocidad con las exportaciones americanas al Imperio del Sol Naciente. Me dijeron: "En absoluto, no se da esa correspondencia. Hasta el día que los americanos se cansen y rompan la baraja". Ese día ya llegó. Entre las propuestas del presidente Trump, casi todas disparatadas y perjudiciales para nuestros intereses de asturianos y españoles, hay una razonable: simplificar la burocracia del Estado. Si lo consigue será un gallu. Pero, si no rectifica el grandonismo inicial de su gestión, agresivo y hasta miserable con los humildes, a los que priva del incipiente seguro médico propuesto por Obama, su paso por el poder será recordado con el título del excelente relato de Miguel Rojo, "Memories d'un babayu".